

LIBERTAD Y TERROR

Se me ha confiado el honroso encargo de decir unas breves palabras que inviten a la reflexión sobre las tareas que hoy inicia este grupo de trabajo que se ha propuesto encarar un profundo mal de nuestra sociedad. Este grupo, en efecto, se propone ejercer esto que el hombre tiene de más propio: su acción reflexiva, responsable y eficaz, para hacer frente a una grave amenaza.

Quisiera decir, primero, con qué sentimientos de solidaridad asumo este encargo. No se puede olvidar bajo qué siniestro signo han estado quienes toman esta iniciativa. Y me parece digno de admiración el gesto que nace de esa desgracia. Es decir, la transformación de lo que fuera angustia, pesadumbre y dolor sufridos, en una vigorosa iniciativa de bien común. El mal causado hirió muy directamente a unas personas, pero todos nos sentimos heridos, y ahora se quiere dar forma a esta reacción.

Se trata de encarar un mal de nuestra sociedad que quizá no tenemos bien identificado. Y esto lo hace más peligrosamente maligno. Porque es un mal bastante más oculto de lo que puede estar quien puso una bomba y desapareció, o quienes secuestraron y huyeron. Llamar "terrorismo", denominar "violencia" a hechos de esta clase, hasta puede resultar, en su obvedad, una contribución al ocultamiento. Así no se está haciendo otra cosa que señalar lo que está demasiado a la vista, se está haciendo un reconociminto del mero impacto por su nombre físico o psicológico, es decir, se está acusando el efecto que se buscaba producir, cuyo poder destructivo, por eso mismo, puede resultar a la vez paralizante.

Es preciso no conceder a quienes emplean el terror y la violencia como métodos de acción, el efecto que buscan; no hacerles el juego, no obrar a la desesperada. Este me parece que es el ánimo de la tarea que hoy se inicia. Es necesario obrar con una conciencia más lúcida, con un juicio más certero, con la mayor precisión y eficacia no solamente para descubrir al criminal, sino para identificar y nombrar adecuadamente la realidad mental y social que explota de una manera tan horrible. No basta nombrarla por sus efectos salvajes, ni perseguirla como un delito abstractamente tipificado en el código penal. Terrorismo y violencia, hay que preguntarse, ¿para qué, desde qué oscuros motivos,

con qué formas de complicidad, condescendencia y cobardía; distorsionando, pervirtiendo, ignorando o atropellando qué cosas?

Por cierto, esta Fundación no está, ni puede estar, concebida como un órgano meramente represivo. Esta es una función del Estado y de las fuerzas organizadas que el Estado tiene para proteger a la sociedad. Pero una sociedad no puede ser protegida si no tiene una disposición a protegerse. Y ésta, fundamentalmente, no puede ser otra que una voluntad seria de vivir, un derecho a la existencia claramente legitimado en la conciencia. Pero éste es el flanco vulnerable que el terror y la violencia buscan debilitar. Es contra la razón de vivir en común que atenta este mal. Terror y violencia pertenecen a una patología social. Y su malignidad mayor consiste en disfrazarse de formas de salud.

Ejercidos en forma clandestina, secreta, anónima, dejando ver nada más que el odio y la soberbia de un rostro cubierto, es preciso desenmascarar lo que el terror y la violencia ocultan y es preciso eliminarlos con la clara voluntad de vivir en una sociedad justa. Es ése el vínculo moral que afianza el cuerpo de una sociedad donde radica su energía, su fortaleza, su capacidad de defensa contra la insidia oculta en la violencia y el terror.

Acciones de terror, formas múltiples de violencia, han ocurrido siempre, por lo menos desde Caín y son los signos de la debilidad, la cara oscura de la realidad social, los altibajos naturales de su normalidad. Pensar otra cosa sería estar en el limbo. Pero ahora lo que ocurre es quizás algo distinto. Ya no la mera brutalidad, el salvajismo y malignidad con que la especie naturalmente carga. El terror y la violencia brotan por todos lados, pero no solamente como un acontecimiento trágico, como un suceso luctuoso, como una fatalidad social. Pienso que se está en presencia de un mal constituido, en realidad, como un poder. Es decir, ante la realidad de un poder autolegitimado, seguro de sí, técnicamente armado y mesiánico. Y a un poder así no se le combate sin conocerlo.

Yo no podría tener la pretensión de hacer un diagnóstico histórico —que en general me parecen bastante superficiales e ideológicamente sesgados— para identificar esta realidad, este oculto y fatídico poder, pero quisiera señalar hacia un diagnóstico cuyo acierto es quizás lo que hoy tenemos a la vista: es el nihilismo que Nietzsche diagnosticó.

El nihilismo ya no es lo que atormenta la mente de un filósofo solitario y pesimista. Hoy es ya una forma de snobismo, una

moda intelectual. La acción terrorista crece en este clima. ¿No es, acaso, la acción terrorista la forma más acabada del nihilismo?

Nietzsche dijo que el nihilismo es la devaluación de los valores supremos. Religión, metafísica, ciencia y moral caen bajo el rechazo de un oscuro gesto de soberbia nihilista. Ya no son valores: todo lo contrario, serían principios de opresión, represión y explotación; cuanto contribuya, entonces, a abatirlos, queda, por eso mismo, justificado. El valor es, ahora, el de la sospecha, el de la denuncia, el que desate la violencia y el terror. Piénsese que hoy día solamente hablar de valores supremos parece herir una generalizada sensibilidad, que se autoproclama de moderna, profundamente permeada por el nihilismo.

No se sigue de eso una necesidad de constituirse en tardío cruzado de los valores a los que se quiere abatir. Sería muy torpe hacerlo cayendo en la trampa de asumir la defensa de lo que el otro ataca. Por la sencilla razón de que en esa forma muy fácilmente se legitima nada más que lo que se ataca, sin advertir que lo que se ataca probablemente no es más que un señuelo, una falacia, un molino de viento que se fabrica el seudo quijote del nihilismo. Esta torpe defensa se sitúa de partida en el terreno del atacante y le concede lo principal. No se pueden defender valores que el nihilismo niega, asumiendo lo que niega. Se debe mostrar, más bien, la falacia de la negación. La defensa de valores reales no puede estar sino en la profunda fidelidad a ellos mismos, porque si son valores reales, primeramente se defienden solos. La fidelidad a ellos es la condición para que manifiesten su realidad.

Pero tanto o más grave que enfrentar el nihilismo en su terreno es comulgar con él por su eventual éxito en el mercado, tolerarlo, hacerse eco de sus posturas remedándolas frívolamente. Se está en presencia de un mal muy serio, de una amenaza demasiado grave y aquí no caben tales licencias.

Santo Tomás de Aquino iniciaba uno de sus opúsculos con una fórmula que viene al caso y creo oportuno recordar: la corrupción de lo mejor —decía— es lo peor. ¿Qué es lo que se ha corrompido y explota en la terrible negación del nihilismo? Yo creo que se ha corrompido un bien altísimo: la libertad. Y diría que muy íntimamente ligada a esta corrupción de la libertad ha estado la idea de revolución que ha primado en la época moderna. En este sentido quisiera orientar mis observaciones y reflexiones.

Para situarnos en el asunto recuérdese que la mayor revolución en la Europa moderna —que hace poco fuera bien ambiguamente conmemorada— fue hecha en nombre de la libertad. Esta es la palabra que encabezó su célebre lema. Recuérdese, sin embargo, que condujo al terror, que la libertad conquistada no fue tanta y que, en definitiva, vino a parar en una vigorosa autocracia política, la de un general que se autoproclamó Emperador.

Y en nuestra época, desde Marx hasta Stalin, ¿no se ha reproducido el mismo ciclo? El marxismo buscó una liberación y sigue empleando la palabra con el mismo sonido. Pero de su trágico destino de terror y miseria recién se está saliendo. ¿Acaso Robespierre y Stalin son hitos fatales de una tal empresa?

¿No hay, acaso, en esta historia, más bien, una terrible frustración de la libertad? ¿Qué signo llevan estas revoluciones que arrojan al terror y a la violencia en nombre de un valor que se quiere conquistar y que está, justamente, en las antípodas?

Dentro de la historia de nuestra cultura, una historia que llevamos dentro y seguimos rumiando, la búsqueda de la libertad ha sido, quizás, el gran ideal. Benedetto Croce hablaba de la historia como hazaña de la libertad. Y en la Europa moderna, en cuya historia estamos inscritos, ha habido tres grandes revoluciones hechas en nombre de la libertad. Una revolución religiosa en la que la libertad de la conciencia fue radicada en el acto de fe. Una revolución política de la burguesía que generó el liberalismo. Y una revolución socialista que buscó la liberación del obrero. La libertad es una campana que redobla insistentemente en la historia moderna, con un tañido por momentos trágicos. El hombre quiere ser libre. Intimamente se reconoce en esta energía personal. Y si no puede negarse que ha ido conquistando espacios de libertad, también es cierto que éstos siempre parecen estrechos, incapaces de alojar el gran anhelo humano.

Esta formidable hazaña de la historia humana que ha permitido al hombre ir conquistando su libertad, ¿no llevará un ingrediente equivocado que genera esta perversión terrible que con frecuencia la ha acompañado y que se sufre en la crudeza del terror y la violencia? Pascal decía que la tentativa de hacernos ángeles, nos hace bestias. ¿No habrá, precisamente, un error acerca de la condición humana, un desconocimiento de su propia realidad, que convierte a la libertad en voluntad pura, en afán de poder, en pasión absurdamente rebelde. en

potencia soberbia y desajustada? ¿Y no es eso mismo lo que finalmente desemboca en conductas bestiales?

Aristóteles hacía una distinción entre movimientos que llamaba naturales y movimientos violentos. Y aquí hay una intuición profunda. A lo que se opone la violencia es a la naturaleza. A lo que es espontáneo, orgánico, armonioso; a lo que está legítimamente arraigado, a lo que tiene un ritmo de vida. Es esto lo que la violencia desconoce, lo que altera, lo que quiebra. Lo hace desde fuera, sin consideración a nada, en una fanática confianza en su propia fuerza.

Algunos teólogos nominalistas —que fueron los maestros de Lutero— decían que Dios quiere el bien no porque sea bien, sino que es bien justamente porque Dios lo quiere. La voluntad —en este caso especial, la voluntad divina— determina lo que sea bueno. El bien radica en el acto de la voluntad. Wittgenstein defendió una vez esta misma tesis, pero en términos más abstractos: es bueno lo que una voluntad determina como bueno.

Cuando esa función se atribuye a Dios, no pareciera tener un especial alcance dada la acabada e indivisible perfección que habría que reconocer en la naturaleza y acción divinas. Pero ocurre que ese absolutismo de la voluntad se desprende luego de la naturaleza divina, ya sea porque se quita a Dios de la escena, ya sea porque sencillamente se la seculariza. Entonces esa voluntad se convierte en un poder autónomo e infinito, en busca de un sujeto. Queda la huella de lo divino, pero ya no está Dios. Así se inaugura la potencia de un voluntarismo cuyo sello alcanza a la ética de Kant, a la filosofía idealista de un Fichte y finalmente al materialismo de Feuerbach y Marx. Es en nombre de ese voluntarismo que Marx pudo llamar, en la célebre tesis sobre Feuerbach ya no a comprender el mundo, sino a transformarlo.

La libertad, como potencia ciega de la voluntad, campea en el mundo moderno y vicia su acción porque tiene desvirtuado su sentido. La libertad no es una fuerza ciega, una errática potencia desprendida de la naturaleza divina, como parecen entenderla los idealismos que se tornan materialistas. Esa libertad desquiciada induce a la sublimación angélica que Pascal denunciaba, anunciando su destino bestial.

La libertad es un aspecto, nobilísimo, situado en lo más alto de la realidad humana y, por lo tanto, en su limitada condición

terrestre, en permanente diálogo con la inteligencia y el cuerpo. Ahí es donde la libertad se forja y eleva la condición humana sin pretender apoderarse de ella y dispararla más allá de sí en una loca pretensión que quiere ser más que humana, pero que es inhumana.

Con frecuencia se pierden de vista estos tremendos poderes que están ocultos entre los pliegues de la historia nada más que como una invisible idea como una decisión espiritual que cruza como un relámpago y al parecer fácilmente se extingue. Pero no es así: ni tan invisible ni tan fugaz es la acción del espíritu, la fuerza de las ideas, el tremendo poderío de lo que ocurre en el alma. Ocurre aquí algo parecido a lo que sucede cuando lo que no parece ser sino un corto desplazamiento de las capas tectónicas en las profundidades de la tierra, es, sin embargo, un catastrófico terremoto en la ciudad. El terrorismo y la violencia tienen raíces más profundamente hundidas de lo que pudiera parecer.

Si ha de encararse el asunto en toda su profundidad, de lo que se trata, entonces, es de educar la libertad, o de educar para la libertad. Y esto hay que hacerlo no en tierra de nadie sino en una sociedad de consumo fuertemente manipulada por una cultura de medios masivos de comunicación. En estas circunstancias es muy peligroso que se eduque más bien para la licencia, para el desborde incondicionado de la pasión, para la codicia y el afán de poder y de consumo; que se eduque para la autosatisfacción placentera, el engreimiento y la prepotencia; es decir, que se eduque para la violencia. Un trasnochado freudismo dejaba al niño hacer lo que quisiera por el temor de causarle un trauma: podía gritar, patear, ensuciar, romper a su gusto; se acepta que el adolescente raye a voluntad el limpio muro de una casa para hacer ostentosa exhibición de sus pequeños sentimientos o que el activista político llame a la destrucción de la ciudad para repartir sus consignas. Pero esta voluntad perversa que se gana el privilegio de intocable bajo el nombre de la libertad, no es el atributo humano de ser libre.

Yo creo que hay dos instituciones donde la libertad verdaderamente se cría. Ellas son la familia y la escuela. Y las dos pasan por momentos difíciles a cuyas incalculables consecuencias probablemente uno asiste en las acciones de violencia y terror.

Las razones por las cuales la familia y la escuela crían fundamentalmente la libertad del hombre son muy claras, muy netas, muy esenciales. La familia es el medio humano en donde un hombre

puede crecer en el amor. Y este es el nervio mismo de la libertad. La escuela debe forjar un carácter a través de la actividad de la inteligencia. Y la inteligencia cultivada abre el camino a la libertad. La libertad es una alianza profunda de amor e inteligencia. Desde ahí hay que leer las palabras del Evangelio: la verdad os hará libres.

JUAN DE DIOS VIAL LARRAÍN*

*Profesor de filosofía, ex Rector de la Universidad de Chile, Presidente del Instituto de Chile. Palabras pronunciadas con ocasión del inicio de actividades de la fundación Paz Ciudadana.